

5. Notas bibliográficas

Dar la palabra como experiencia pedagógica

*Reflexiones a partir de Michel de Certeau*¹

Pablo Mella, S.J.²

Al escuchar la expresión “dar la palabra como experiencia pedagógica”, se pensaría inmediatamente en un alegato a favor de la incorporación de los valores democráticos en el proceso de enseñanza-aprendizaje. Quien lea el artículo de Michel de Certeau en esa clave quedará, como mínimo, desilusionado; en realidad, se quedará totalmente perdido.

El pensamiento de Certeau se destaca por su complejidad. Este jesuita francés (1928-1985) fue originalmente un especialista en la mística de los siglos XVI y XVII. Esta pasión original le llevó a interesarse en la epistemología de la historia, la antropología social y el psicoanálisis. Amigo de Foucault y Lacan, pueden identificarse en él las huellas del estructuralismo y del psicoanálisis coloreado de un cierto tono nietzscheiano. Si se quisiera resumir en una frase el trabajo intelectual de Certeau, habría que decir: un pensador original y provocador. Pero esa originalidad le viene de su pasión originaria: la comprensión del fenómeno místico, situado en los límites de la realidad y el misterio. No se puede hablar del pensamiento de Certeau sin hacer referencia a la mística cristiana. Esta preocupación se traduce en una teología negativa que, como ha señalado J. Moingt, atraviesa la vida de Certeau.

Su biografía principal y colaboradora personal, Luce Giard, afirma lo siguiente: “De comienzo a fin, una misma cuestión lo

habitó, la cuestión de Dios”. Pero en un pensador como de Certeau, la cuestión de Dios no era la excusa para no pensar ni una coartada moralizadora para adoctrinar el mundo académico. En él, como se puede percibir también en el texto que nos sirve para esta reflexión, la cuestión de Dios es vecina del tema de la muerte. Hay que reconocer en este punto una raíz heideggeriana. Enfrentarse a la muerte es preguntar por la autenticidad de la vida constatando la propia fragilidad. Por eso, la cuestión de Dios es una cuestión de muerte en busca de otra vida más auténtica.

Buscando a Dios, de Certeau se enfrentó a las respuestas conocidas de las costumbres acriticamente aceptadas, provenientes de la institución, de la laxitud o de la moda. Su radicalidad en la búsqueda de Dios, nos dice Giard, ayuda a explicar el lado abrupto de ciertos juicios suyos, como la manera en que miró la institución eclesial, según él, más preocupada por administrar una herencia que de seguir “la cuestión de Dios y sus caminos secretos en la existencia”.

Esta vocación teológica negativa, bañada de historicidad, donde Dios siempre irrumpe como el Otro, el Extranjero, le llevó a identificar con más agudeza que muchos de los historiadores contemporáneos suyos lo que él denominó el “funcionariado de la verdad”. Los historiadores parisinos de la época, a pesar de años de revuelta cultural,

¹ Nos inspiramos en el texto de M. de Certeau, “Dar la palabra: experiencia pedagógica”, en M. de Certeau y F. Roustang, *La soledad. Una verdad olvidada de la comunicación con los demás*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1969, pp. 119-137.

² Doctor en Filosofía de la Universidad Católica de Lovaina. Colaborador de la formación docente de la PUCMM a través del PSP y profesor del Seminario Santo Tomás de Aquino y el Instituto Filosófico Pedro Francisco Bonó. Enseña Antropología Filosófica, Metafísica, Filosofía Social, Filosofía de la Historia y Pensamiento Latinoamericano.



pertenecían a este régimen de verdad en lo que concierne a la mística. La investigación histórica de la mística le llevó a reconocer la disociación que se estableció desde el S. XVII entre “la radicalidad existencial de la fe y la objetividad social de las instituciones eclesiales”. Ante esta disociación, se vio impulsado a abordar la cuestión de Dios desde múltiples ángulos, entremezclando instrumentos analíticos de la ciencia histórica, la filosofía, la lingüística y el psicoanálisis.

Ya lo hemos dicho, esta pasión se transmite al resto de su obra. Aunque para los oídos secularizados de muchos de sus contemporáneos, y quizá para los de algunos de nosotros, el estudio de la mística parecería exclusivamente del dominio teológico. Hay que señalar con insistencia, que la búsqueda de Certeau entraña relevantes consecuencias metodológicas y filosóficas para cualquier ciencia humana. Por ejemplo, hay en él una filosofía del lenguaje muy rica (en este texto nos habla de “la palabra”). Esa rica filosofía del lenguaje que a mi entender trasciende la clásica distinción de la semántica, sintáctica y pragmática, sólo por el hecho de preguntar por el lugar institucional desde donde hablamos, no puede entenderse sin un trasfondo heideggeriano corregido por la noción cristológica de resurrección: “dar la palabra” es lo mismo que morir “como el grano de trigo”; es perder la vida para dar vida. Es alegrarse, cuando se ha entregado todo, para que la nueva generación haga con el saber lo que a ella le parezca más valioso.

Después de una experiencia de despojo como ésta, se vive una profunda experiencia

de humildad y se puede repetir con Jesús: “les conviene que yo me vaya”. Sólo en este momento, se toca radicalmente la propia fragilidad de toda nuestra acción. Aplicando esta reflexión a la experiencia pedagógica, podemos decir que el educador, como aquella persona católica que experimenta el debilitamiento institucional de la Iglesia, está en condiciones de reconocer que su labor educativa, de hecho, es un paso de la muerte a la vida. Aquí radica la autenticidad de la labor educativa.

No hay en nada de esto una gota de moralismo. A lo más, podría acusársele de un alto escepticismo centroeuropeo.

“Dar la palabra” es un texto de los años 60. Sin embargo, muchos de sus análisis valen para hoy. Lo que dice de la TV o el cine, hay que aplicarlo a Internet, que en cierta forma ha venido a radicalizar ese dinamismo. “Primacía de la vista y del conocimiento sobre el verdadero encuentro y el diálogo”. “El educador [a diferencia de la Internet], está ligado al espacio y la cercanía” (p. 121). Es el ser humano del frente a frente y desde allí empeña su palabra.

Su preocupación por el deseo, siempre insatisfecho, el cual habita a todo caminante, la importancia que da a la muerte y su preocupación por los ausentes de la historia; remiten necesariamente a un encuentro personal e íntimo con Jesús de Nazaret.

